

El legado de una bruja celta,

Lo que debes saber para ser una meiga

Rosa Alonso
Ferragud



OBERON

LOS ANCESTROS

Cuando algo altera la rutina de los días, los acontecimientos escapan a mi comprensión y el desconcierto se instala en mi mente, pienso en ella y la busco, como una niña perdida, por todos los espacios conocidos. Busco su sonrisa, sus gestos, su voz... mientras un instinto especial me lleva a decir su nombre en voz baja, en el mismo tono en el que se pronuncia una oración, o un sortilegio.

Digo su nombre y, de pronto, a pesar del tiempo transcurrido, me envuelve el aroma de romero, espliego y azahar que, desde la cocina, invadía los pasillos y llegaba hasta los rincones más escondidos de la casa. Esa mezcla milagrosa con la que la abuela curaba todos los males.

Entonces, regreso...

Vuelvo a estar allí, en aquel tiempo y en aquella parcela del mundo repleta de prodigios, arrimada a la mesa de castaño, encaramada en una de las banquetas para alcanzar la altura, aprendiendo a mezclar las hierbas con más interés que eficacia.

Sin levantar la vista del almirez siento la ternura de su mano acariciando mi pelo y sé que sonrío. Sin mirarla, sé que sonrío con aquella sonrisa suya que llenaba mi alma de cascabeles. En ese instante, con su imagen en mi pensamiento, aun en los momentos más difíciles y cuando la vida parece atrancada, me crezco y me creo capaz de todo.

Creo que puedo, sabiéndome observada de reojo, curar los maleficios, enderezar las huellas y el camino, cortar el mal de amores o sanar la tristeza, como ella solía hacer.

Su ausencia se propaga en mi presente como un incendio incontrolable. Una ansiedad suave, pero tenaz, me empuja a volver a los territorios sagrados de mi infancia tratando que el recuerdo de sus enseñanzas se reafirme.

Sigo su rastro por los pasillos de la vieja casa, o por los senderos de las *fragas* y en alguna parte de ese recorrido su presencia se vuelve real. La siento conmigo, a mi lado, sobre todo cuando me detengo para acariciar el musgo de las piedras que fueron el altar donde ella me enseñó a honrar a los ancestros.

La abuela estaba convencida de que las piedras tienen memoria. Que en ellas está la verdad de nuestro origen, las bases de nuestro credo y las respuestas a todas las preguntas. No sé si son las piedras o la memoria que guardan las que tienen las respuestas que necesito; o si las respuestas están en el latido único de la tierra y en la presencia, invisible, pero presentida, de nuestros seres queridos que, aun después de dejar este mundo, sin duda alguna, siguen con nosotros.

He aprendido sola, sin ella, ese ritual de búsqueda, esa persecución de recuerdos desordenados que aún permanecen en mi memoria.

En medio del bosque de helechos que hay detrás del molino, si te detienes y prestas atención, si atiendes a lo que debes, el bosque de repente es solo silencio.

Un silencio total, profundo y respetuoso, que te permite escuchar el murmullo de voces en el aire, el rumor de conjuros de madrugada y el eco de pasos por todos los caminos.

Pasos, como los de ella, como los de la abuela, tan conocidos, tan familiares, yendo de un lado a otro en las orillas del río en busca de las hierbas y las flores con las que elaborar sus pocimas y sus ungüentos. Ese trajín lento de quien no tiene ninguna prisa y es ya la dueña absoluta de su tiempo.

Ahora, cuando recuerdo para enseñarte a ti lo que ella me enseñó, su presencia me llega dulcemente y descubro, con toda claridad, que habría necesitado algunos veranos más, algunos inviernos más, refugiada en el calor de aquella cocina. Algún tiempo más escuchando las historias que ella contaba, sintiendo la suave presión de su mano en la mía. Ahora sé que, con ese sencillo gesto, me redimía y me rescataba de cualquier dolor, de los miedos más oscuros y de las más profundas amarguras.

De la abuela me queda, sobre todo, la esperanza como ley, la terquedad de la lucha por las creencias, la fe de que, más allá de nuestras atalayas, hay siempre algo que adivinar, algo que presentir, algo que esperar.

Me convenció de que los mensajes más importantes se envían sin palabras, con la imaginación y con el alma en libertad. Me enseñó que cuando todo parece perdido hay que seguir la dirección exacta que marca tu intuición, como si fuera la primera ola de una nueva marea.

De ella aprendí a dejar palabras en el viento, a conjurar las estaciones y a arriesgar por amor. A apostar por la aventura de ir a donde el corazón te lleve, como ella hizo siempre.

La luz inmediata y certera de su mirada violeta me atrapa todavía.

Siento su pulso latiendo en mis venas y mi alma tan cerquita de la suya que ni las diosas podrían distinguirlas.

Sueño con mucha frecuencia en volver las dos solas, una vez más, la última, a buscar el hueco más profundo en la corteza del viejo roble para dejarle recados a la Moura que lo habita, y encomendarle a alguno de esos niños enfermos por el *engaraño*.

Y, al caer la tarde, terminada la jornada, sentadas en alguna de las piedras que hay junto al molino, hablar de todo o de casi todo y preguntar y contar...

Sé que me escucharía con mucha atención, como siempre, a pesar de que ahora tal vez no estaría muy de acuerdo con mi manera de interpretar sus enseñanzas. Creo que censuraría con ternura, pero con firmeza, esa manía mía de buscarle explicación a lo inexplicable y de darle nombre a lo que ella nunca nombró.

Las cosas se viven de manera diferente si sabemos que no habrá otra ocasión, ni otro momento.

La abuela solía decir que los paisajes mágicos, y ese bosque y ese molino lo son, están más allá de la dimensión que ocupan, más allá del tiempo. Que en ellos los relojes se detienen y el pasado, el presente y el futuro se unen, se fusionan en una sola fecha.

En mi bosque, no son los ojos los que atrapan la luz, es la luz la que busca una mirada limpia, como la suya, donde quedarse y reinventar en ella las formas de cada árbol, de cada tramo de espesura.

Cuántas veces he descubierto el mundo a través de sus ojos.

Cuántas verdades ocultas, cuántos misterios y cuántos milagros me llegaron reflejados en la transparencia de su mirada.

No hay ningún lugar mejor que este bosque y este molino para que lo que quiero enseñarte sea entendible.

Porque es en este lugar donde las palabras son más exactas, los pensamientos más limpios y su memoria más cercana.

Aquí, donde todavía queda la huella de su estela luminosa.

2

PRIMEROS PASOS DE UNA MEIGA

En la casa de la abuela había, te lo aseguro, duendes jugando alrededor de las cacerolas, moviendo las puertas de las alacenas de la cocina. En las noches de invierno, cuando la madera de las contraventanas crujía, sabíamos que no era el viento, sino unas manos invisibles y traviesas, las que las agitaban.

Estaba convencida, aún lo estoy, de que cuando todos nos retirábamos a descansar, unos espíritus traviosos se adueñaban de las habitaciones que quedaban desiertas y se entretenían persiguiéndose unos a otros por los corredores, charlando y riendo...

Nunca tuve miedo de esas criaturas con las que convivíamos, al contrario, esas presencias, fueran las que fueran, me hacían sentir protegida, a salvo. Y esa sensación es la que recupero cuando regreso a las estancias que parecen no aceptar el olvido y siguen acunando el tiempo en el ángulo más remoto de un salón aparentemente deshabitado, en la vieja casa.

Allí, sin ningún esfuerzo, sin casi pretenderlo, sé que puedo retomar el hilo de mi propia historia y reafirmar los pilares en los que se sustentan mi fe y mis creencias.

A pesar de que han pasado ya muchos años de mi aprendizaje, cuando miro hacia atrás y reviso con calma los detalles de algunas de las historias que me contaron cuando era niña, descubro que siguen teniendo la misma vigencia.

Siento que las palabras, los rituales, los ingredientes de las recetas con las que elaborar las pócimas mágicas y las leyendas que las originaron tienen que ser preservadas en su esencia.

Lo que entonces me sirvió a mí, ha de servirte a ti.

Las fórmulas que he aplicado durante estos años para alcanzar metas que parecían inalcanzables te serán muy útiles si consigo transmitírtelas, tal y como a mí me las enseñaron.

El trabajo de una meiga no es fácil. Llegarán hasta a ti personas demandando ayuda y comprensión. Personas con un pesado equipaje de dudas y extrañezas que necesitarán de tu buen hacer para salir de las sombras más oscuras, recuperar el amor, la salud, la razón o el equilibrio. Vendrán con preguntas que a menudo no podrás contestar.

Has de tener en cuenta que tu labor, por encima de cualquier otra cuestión, es intentar mover el azar, desafiar al destino y conseguir que, con la ayuda de las deidades, la rueda gire hacia donde tu mano la dirija, cambiando así la trayectoria que parecía establecida de antemano.

Muchas veces vas a luchar contra todo pronóstico, ignorando los hechos aparentemente inamovibles, porque nada está escrito de manera definitiva y todo es modificable. La magia no tendría sentido si, a través de ella, no lograras enderezar los senderos más tortuosos, abrir los postigos más atrancados, atraer la suerte, apartar los obstáculos que nos impiden avanzar o conseguir que los sueños se cumplan.



Lugares que amparan, protegen y motivan.

Para ser una buena bruja, necesitas saber con toda certeza cuáles son las fuerzas que puedes convocar para cada propósito; qué conjuros te servirán para llegar a ellas y bajo qué lunas han de ser pronunciados para que las diosas, o los elementales que residen en las cuatro atalayas, te concedan la facultad de cambiar las circunstancias más allá de lo previsto.

Es imprescindible conocer qué hierbas, qué inciensos y qué instrumentos son los adecuados para cada uno de los rituales. Recuperar las fórmulas secretas con las que elaborar las pócimas y los ungüentos. Elegir bien las piedras que han de estar presentes en tu altar para atraer hacia él la energía necesaria, y determinar la manera mejor para alcanzar los objetivos que te propones.

Todo eso es parte de tu formación.

Aprender a manejar las coordenadas del arco del cielo y alinear planetas sobre ellas para cambiar la mala estrella de las personas que llegan a tus manos marcadas por la tragedia. Durante un tiempo, esas personas estarán bajo tu protección como quien aguarda, con fe y esperanza, a que amaine el temporal.

Una meiga, una bruja, ha de estar preparada para realizar las ceremonias de la vieja religión, bautizar a los niños, consagrar el amor de las parejas, despedir a los muertos y honrar a los ancestros celebrando, como ellos lo hacían, las fiestas con las que se marcan las diferentes épocas de cada año.

Sabes que lo que se haga en esta dimensión tiene una respuesta en la altura, por eso, no permitas que nadie agote tu reserva de esperanza, tu equipaje de sueños. Deja volar tus pensamientos como gaviotas o como cometas en el aire y que esos sueños, en forma de petición, lleguen a donde las deidades puedan escucharlas.

No permitas que ninguna mano siniestra consiga volver del revés la arena de ese reloj mágico que maneja tu deseo, tu voluntad y tu intención, abocándote a la duda.

La duda es la peor carcoma que puede invadir a una bruja. Nunca dudes de ti, ni de las fuerzas que están ahí para ayudarte.

No te quedes quieta esperando a que las cosas se resuelvan por sí mismas, ni aceptes que el silencio sea, jamás, una respuesta. El silencio es una cobardía porque no permite réplica, ni aporta soluciones.

Elige bien el color de tus sueños, de tus pensamientos, de tus amores. Aprende, cada día, a colorear el desaliento, la angustia o el temor con tonos brillantes.

Reconoce a tus diosas en cada milagro, en cada misterio que no sepas explicar a lo largo de los días; adóralas en los bosques, en el agua de todos los ríos, de todas las fuentes, en las ramas de los árboles más antiguos. Al anoecer, cuando la oscuridad se incline sobre el horizonte, ve a descansar sabiendo que ellas te guardan.

Y nunca dejes de honrar la memoria de aquellos que te precedieron porque, gracias a su paso por este mundo, nosotros somos lo que somos.

Todos tenemos algunas ausencias dolorosas. Ausencias que a veces parecen deserciones, personas queridas que nos abandonaron contra su voluntad y a los que no queremos, ni podemos, olvidar. Personas maravillosas con las que nos unen lazos tan fuertes, tan sólidos, que nada, ni nadie, podría debilitar.

La abuela hablaba de ellos como seres de luz y de su partida como de un tránsito. Para ella, que había vivido tantas despedidas, la muerte era solo el dolor de la ausencia y me convenció de que morir es únicamente cruzar un umbral, pasar de un mundo a otro mundo. Y así lo creo. Y así lo siento.

Ellos son nuestros ancestros, a los que debemos recordar, honrar y agradecer.

La abuela lo hacía. Era algo que formaba parte de su cultura y de su fe.

Convocaba a los ancestros, además de en las fiestas del calendario que se reconocen propias para ello, como Samhain, en los bautizos de nuestros niños, en las ceremonias de unión de las parejas, en las despedidas de los que nos acababan de dejar y siempre que necesitaba respaldo y ayuda para afrontar temas difíciles.

Antes de iniciar un ritual importante, pedía ayuda a todos, pero elegía, dependiendo del asunto, a lo que ella llamaba «especialista». Buscaba la colaboración del abuelo para temas de calma y serenidad, porque él era muy tranquilo, muy sosegado. A su madre, mi bisabuela, para la economía, porque ella con muy poquitos recursos sacó adelante a una familia numerosa. Cuando se trataba de salud hablaba con un amigo suyo, Antón, un gran sanador al que no tuve la suerte de conocer, pero del que ella contaba maravillas.

Sus sitios favoritos para convocarlos eran los cruces de caminos, la sombra de los abedules o los escalones de piedra del molino que ella utilizaba como altar.

✦ ————— Ritual para convocar a los ancestros ————— ✦

Cuando la luna nueva coincidía en martes, la abuela recolectaba algunas plantas y hierbas correspondientes a la estación y las colocaba en su viejo caldero: camelias en invierno, azahar y hojas de naranjo en primavera, geranios y dalias en verano y hojas de magnolio en el otoño. Las rociaba con una pócima que ella misma preparaba y que bautizó con el nombre de esencia de Altar Mayor¹.

Prendía la hoguera, esperaba a que las llamas de su caldero estuvieran altas, adelantaba los brazos, con las palmas de las manos hacia arriba y convocaba a los espíritus familiares con estas palabras:

*En este lugar en el que nos reunimos
para honrar a nuestros ancestros,
invitamos a los seres de luz que nos han precedido
a compartir este tiempo con nosotros
y pedimos su ayuda
para que durante todos nuestros días
y cada una de nuestras noches,
nada oscuro, doloroso, ni negativo
pueda entrar en nuestras vidas.*

*Vengo aquí en este día y a esta hora para honrar vuestra memoria
y declarar mi amor y mi agradecimiento a todos aquellos
que veláis por mí y por nuestra familia desde ese lugar de paz.*

Os pido que me ayudéis a ser digna de vosotros.

Admito mis errores y prometo enmendarlos.

*Os hago, a la vez, partícipes de mis pequeños logros
y pido vuestra constante ayuda*

*para que ninguno de vosotros tenga jamás que avergonzarse
de mí, ni de los míos.*

Al final del conjuro de convocatoria mencionaba a la persona a la que quería tener de su parte.